

## Resurrección de Roma

[Octubre de 1949]<sup>1</sup>

Si contemplo Roma, tal como es<sup>2</sup> veo mi Ideal lejano como lejanos están los tiempos en los que los grandes santos y los grandes mártires iluminaban a su alrededor, con la Luz eterna, incluso los muros de estos monumentos que todavía hoy se alzan para dar testimonio del amor que unía a los primeros cristianos.

Con un contraste estridente, el mundo con sus inmundicias y vanidades la domina ahora en las calles y más aún, en los escondrijos de las casas donde se halla la ira con todo tipo de pecado y agitación.

Y llamaría utopía a mi Ideal, si no pensara en Él, que también vio un mundo como este a su alrededor y que, en el punto culminante de su vida, pareció ser arrollado por él, vencido por el mal.

También Él miraba a toda esta multitud a la que amaba como a Sí mismo. Él, que se la había creado y hubiera querido establecer los vínculos que debían reunirla con Él como hijos con el Padre, y unir a hermano con hermano.

Había bajado para recomponer la familia: para hacer de todos uno.

Y en cambio, no obstante sus palabras de Fuego y de Verdad que quemaban la hojarasca de las vanidades que encubren lo Eterno que hay en el hombre y que pasa entre los hombres, la gente, mucha gente, aun entendiéndolo, no quería comprender y permanecía con los ojos apagados, porque su alma estaba a oscuras.

Y todo esto porque los había creado libres.

Él, que había venido del Cielo a la tierra, podía resucitarlos a todos con una mirada. Pero tenía que dejarles – hechos a imagen de Dios – la alegría de la conquista libre del Cielo. Estaba en juego la Eternidad y ellos, por toda la Eternidad, podrían vivir como hijos de Dios, como Dios, creadores (por Omnipotencia participada) de su propia felicidad.

Miraba el mundo tal como yo lo veo, pero no dudaba.

Insatisfecho y triste porque todo se precipitaba a la ruina, contemplaba, rezando de noche, el Cielo allá arriba y el Cielo dentro de Sí, donde la Trinidad vivía y era el Ser verdadero, el Todo concreto, mientras que afuera, por las calles, caminaba la nada que pasa.

---

<sup>1</sup> La redacción de este escrito se supone que se hizo antes del 10 de octubre de 1949, fecha de su publicación en "La vía" 36, p. 5, con el título "Resurrección de Roma" (n.d.r.)

<sup>2</sup> De todo el escrito se comprende que, regresando en medio de la humanidad, por amor a Jesús Abandonado, se vivía lo que se había comprendido en el Paraíso.

Y también yo hago como Él para no desprenderme de lo Eterno, de lo Increado, que es raíz de lo creado y, por lo tanto, la Vida del todo, para creer en la victoria final de la Luz sobre las tinieblas.

Paso por Roma y no la quiero mirar. Miro al mundo que está dentro de mí y me aferro a lo que tiene ser y valor. Me hago una sola cosa con la Trinidad que descansa en mi alma, iluminándola de Luz eterna y llenándola de todo el Cielo poblado de santos y de ángeles que, al no estar sujetos al espacio ni al tiempo, pueden encontrarse todos reunidos con los Tres en unidad de amor en mi pequeño ser.

Y tomo contacto con el Fuego que, invadiendo toda mi humanidad, la que Dios me dio, me hace otro Cristo, otro hombre-Dios por participación, de manera que en mí lo humano se confunde con lo divino<sup>3</sup> y mis ojos ya no están apagados, sino que, a través de la pupila, que es vacío sobre el alma, por donde pasa toda la Luz que hay dentro (si dejo vivir a Dios en mí), miro al mundo y a las cosas; pero ya no soy yo la que mira, sino que es Cristo el que mira en mí y vuelve a ver ciegos a los que iluminar, mudos a los que hacer hablar y tullidos a los que hacer caminar. Ciegos a la visión de Dios dentro y fuera de ellos. Mudos a la Palabra de Dios que, sin embargo, habla en ellos y que podrían transmitir a los hermanos despertándolos a la Verdad. Tullidos inmovilizados, que ignoran la divina Voluntad que desde el fondo del corazón los empuja al movimiento eterno, que es el Amor eterno y en el cual, transmitiendo Fuego, somos incendiados.

De tal modo que, abriendo de nuevo los ojos, mirando hacia afuera veo la humanidad con el ojo de Dios que todo lo cree porque es Amor.

Veo y descubro mi misma Luz en los demás, mi verdadera Realidad, mi auténtico yo en los otros (quizás enterrado o secretamente camuflado por vergüenza) y, reencontrándome, me reúno conmigo misma<sup>4</sup> resucitándome – Amor que es Vida<sup>5</sup> – en el hermano.

Al resucitar ahí a Jesús, otro Cristo, otro hombre-Dios, manifestación de la bondad del Padre aquí abajo, Ojo de Dios sobre la humanidad. Prolongo así en el hermano al Cristo que hay en mí y compongo una célula viva y completa del Cuerpo Místico de Cristo<sup>6</sup>, célula viva, hogar de Dios, que posee el Fuego<sup>7</sup>, para comunicar y, con él, la Luz.

Es Dios quien de dos hace uno, poniéndose como tercero, como relación entre ellos: Jesús entre nosotros.

Así, el Amor circula y se lleva consigo, naturalmente (por la ley de comunión ínsita en él), como un río de fuego, cualquier otra cosa que los dos poseen, para poner en común los bienes del espíritu y los bienes materiales.

Y este es testimonio práctico y externo de un amor unitivo, el amor verdadero, el de la Trinidad.

---

<sup>3</sup> Es decir: lo humano se funde con lo divino, se hace uno con lo divino

<sup>4</sup> En cuanto que el Jesús que está en mí se reúne con el mismo Jesús que está en el otro.

<sup>5</sup> De hecho, cuando se ama se da la vida al hermano.

<sup>6</sup> Es así porque, según su promesa, en esa célula está precisamente Él: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20)

<sup>7</sup> Es decir todo fuego, que es la fusión en uno – en un único Jesús – de todo lo que somos y tenemos.

Entonces verdaderamente Cristo entero revive en ambos y en cada uno, y entre nosotros.

Él, hombre-Dios, con las más variadas manifestaciones humanas, impregnadas de lo divino, puestas al servicio del fin eterno: Dios con el interés del Reino y – dominador de todo – dispensador de todo bien a todos los hijos como Padre sin preferencias.

Pienso que, dejando vivir a Dios en mí y dejando que Él se ame en los hermanos, se descubriría a Sí mismo en muchos, y muchos ojos se iluminarían con su Luz, signo tangible de que Él reina en ellos.

Y el Fuego, destructor de todo al servicio del Amor eterno, se difundiría como un rayo por Roma, para resucitar en ella a los cristianos y hacer de esta época, fría porque atea, la época del Fuego, la época de Dios.

Pero es preciso tener el valor de no prestar atención a otros medios<sup>8</sup>, para suscitar un poco de cristianismo, para hacerse eco de las glorias pasadas; o por lo menos ponerlos en segundo lugar.

Es necesario que Dios renazca en nosotros, mantenerlo vivo y desbordarlo sobre los demás, como oleadas de Vida, y resucitar a los muertos.

Y mantenerlo vivo entre nosotros amándonos (y para amarse no es necesario ningún estrépito: el amor es muerte a nosotros mismos – y la muerte es silencio – y vida en Dios – y Dios es el silencio que habla).

Entonces todo se revoluciona: política y arte, escuela y religión, vida privada y diversión. Todo.

Dios no está en nosotros como el Crucifijo que cuelga a veces casi como un amuleto en la pared de un aula escolar. Está en nosotros vivo – si lo hacemos vivir – como legislador de toda ley humana y divina, porque ambas son obra suya. Y Él desde lo más íntimo dicta cada cosa, nos enseña – Maestro eterno – lo eterno y lo contingente, y a todo da valor.

Pero no comprende esto sino aquel que lo deja vivir en sí viviendo en los demás, porque la vida es amor y si no circula no vive.

Hay que resucitar a Jesús en la ciudad eterna e introducirlo por doquier. Es la Vida y la Vida completa. No es solo un hecho religioso...<sup>9</sup>. Este separarlo de la vida entera del hombre

---

<sup>8</sup> Es necesario no prestar atención a otros medios, considerados en sí mismos, como valor separado de la vida de Jesús en nosotros: es Él el que sugiere qué medios usar y con ello estos vienen a formar parte del plan divino de la encarnación.

<sup>9</sup> Se piensa que el Evangelio no resuelve todos los problemas humanos y que trae solo el Reino de Dios, entendido únicamente en sentido religioso. Pero no es así. No es ciertamente el Jesús histórico o Él en cuanto Cabeza del Cuerpo místico el que resuelve todos los problemas. Lo hace Jesús-nosotros, Jesús-yo, Jesús-tú, etc. Es Jesús en el hombre, en aquel determinado hombre – cuando su gracia está en él – el que construye un puente, hace una carretera, etc... Jesús es la personalidad verdadera, más profunda de cada uno. Cada hombre, cada cristiano, de hecho es más hijo de Dios (= otro Jesús) que hijo de su padre. Por tanto, Jesús en cada uno tiene la máxima influencia en todo lo que hace. Como otro Cristo, como miembro de su Cuerpo místico, cada hombre da una aportación típicamente suya en todos los campos: en la ciencia, en el arte, en la política, etc. El hombre es así concreador y corredentor con Cristo. Es la encarnación que continua, encarnación completa que concierne a todos los Jesús del Cuerpo místico de Cristo.

es una herejía práctica de los tiempos presentes y un someter al hombre a algo que es menos que él y relegar a Dios, que es Padre, lejos de los hijos<sup>10</sup>.

No, Él es el Hombre, el hombre perfecto, que recapitula en sí a todos los hombres y toda verdad e impulso que ellos pueden sentir para elevarse al lugar que les es propio.

Y quien ha encontrado a este Hombre ha encontrado la solución a todo problema humano y divino. Él lo manifiesta.

*Chiara Lubich*

(*Resurrezione di Roma*, a cura di Hubertus Blaumeiser e Anna Maria Rossi, Città Nuova, Roma 2017, pag. 18 e ssg.)

---

<sup>10</sup> El hombre – en todas sus dimensiones y capacidades humanas – no tiene que ser mortificado, sino elevado. Si la Teología tiene que ver con el Cuerpo místico de Cristo, tiene también que ver con el cuerpo social y con todo lo que esto comporta. Por tanto, las diferentes ciencias tienen que volver a vincularse a la Teología, que debe volver a ser cabeza y reina en cuanto que expresa, en términos humanos, la sabiduría, la Verdad de Dios. Y este debe ser el objetivo de la Escuela Abba que además de una nueva teología (basada en la vida trinitaria vivida en el Cuerpo místico de Cristo) debe dar origen también a una ciencia nueva, a una sociología nueva, un arte nuevo, una política nueva, etc. Nuevos porque son de Cristo, renovados por su Espíritu. Esta Escuela abrirá un nuevo humanismo donde verdaderamente el hombre esté en el centro, este hombre que es, ante todo, Cristo, y Cristo en los hombres. Ha habido intentos de este tipo (es decir, hacer de la teología la reina de las ciencias), pero luego las demás ciencias, habiendo sido mortificadas, se han separado reivindicando su autonomía. Ahora, partiendo de Jesús Abandonado, que todo lo ha divinizado, se puede lograr.